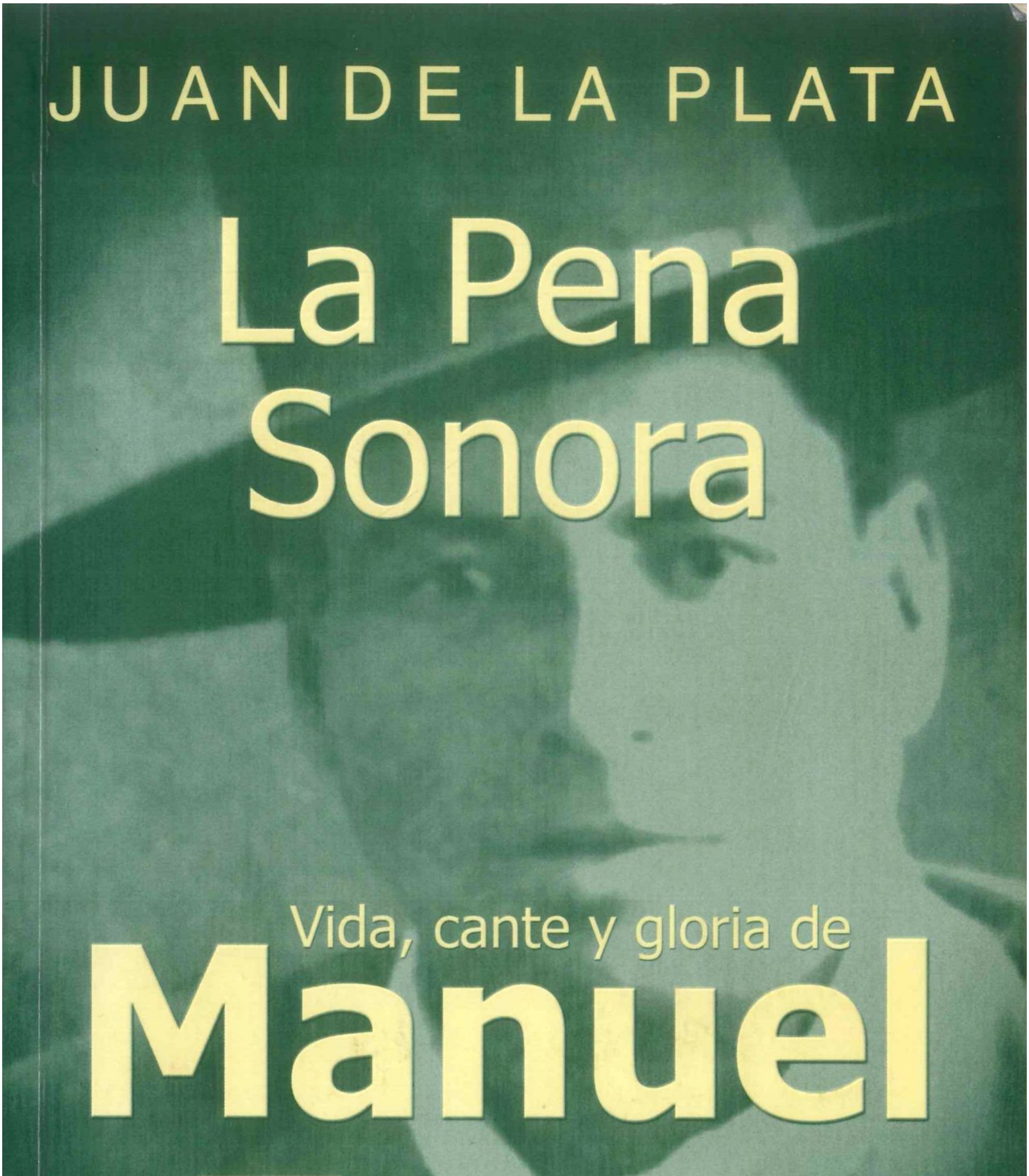
JUAN DE LA PLATA

La Pena Sonora

Vida, cante y gloria de Manuel Torre



INDICE

En este libro, su autor, el poeta y flamencólogo jerezano, JUAN DE LA PLATA, se confiesa apasionado «torrista» y, con el mismo apasionamiento, puede decirse que ha escrito esta completísima biografía de uno de los más geniales artistas del cante jondo de todos los tiempos. Un cantaor gitano, nacido en Jerez y afincado en Sevilla, para el resto de sus días, hasta su muerte, que fue un bohemio empedernido y que anteponía a cualquier compromiso artístico, su propia complacencia en sus gallos y galgos de los que hablaba y no paraba; cantando únicamente cuando le apetecía; haciendo llorar a las mujeres más hermosas y a los hombres más cabales.

LA PENA SONORA es la historia del cantaor Manuel Torre, que cantó como nadie la seguiriya terrible de su rara y peregrina gente; sembrando de duendes las noches y madrugadas de Jerez y Sevilla, cuando se sentía tocado por ese halo misterioso de los elegidos; entusiasmando y sobrecogiendo con su pellizco telúrico a curtidos toreros y a delicados poetas, en momentos de delirio y de gloriosa orgía flamenca; mientras sembraba el aire de estremecidos sonidos negros; porque —como él decía— «todo lo que tiene sonidos negros, tiene duende» y, por eso, cuando cantaba, no paraba hasta penetrar a fondo en el propio tronco del faraón que llevaba dentro; porque, por algo, fue «el hombre con mayor cultura en la sangre», que su amigo y admirador el poeta Federico García Lorca, decía haber conocido.

Vida, cante y gloria de Manuel Torre, «el de la pena sonora», como lo llamó otro poeta, que Juan de la Plata ha querido ofrecernos en profundidad, hasta en sus más mínimos detalles vitales. Porque por encima del cantaor, del artista gitano, de su cante y de la anécdota, estaba la tremenda personalidad humana de este hombre irrepetible, que se quedó glorificado para la eternidad de lo jondo, como un dios pagano.

Un artista sorprendente; lleno de contradicciones, pero también de filosofía de la vida. La misma que se fue dejando en las juergas, en las reuniones de cabales, en los teatros y en las plazas de toros, por donde paseó su cante de lágrimas y dionisiacos lamentos.